

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Domingo, 17 de Octubre de 2010



TRIGESIMONOVENO CAPITULO. LA MUÑECA DE PORCELANA.

Todavía hoy me vuelve a la mente cada una de aquellas imágenes. No es miedo lo que siento. Solo impotencia. Impotencia por no comprender realmente qué es lo que aquello me pretendía transmitir. Los hechos son evidentes. Tan evidentes como la vieja muñeca de porcelana que ahora mismo tengo entre mis manos. Todo se reduce a una reflexión lógica y racional de partida: esta muñeca no debería estar entre mis manos ahora mismo. No solo porque no me pertenece, sino porque es imposible que saliera del lugar donde fue depositada. Y sin embargo, aquí está. Es lo evidente y lo que más me desconcierta. Estoy seguro de que hay algo que no logro captar en todo esto. Seguro que hay algún tipo de advertencia, o de mensaje. Al menos, es lo que prefiero pensar.

No sé cómo, pero algo me empuja a profanar su cuarto, y a coger entre mis brazos esta muñeca que reposa amablemente encima de su cama. A veces, no sé por qué, abro la caja de música donde guardaba todas sus joyas, y cada nota es como un recuerdo revivido. Mi mente traspasa una frontera en la que no hay peajes ni controles. En realidad, uno no es capaz de controlar nada. En realidad, uno es controlado. No sé por qué. Ni por quiénes. Uno no sabe realmente a dónde va, ni siquiera a dónde llega. Sin embargo, no es dolor lo que se siente, sino una paz extraordinaria, terrible, poderosa. Un silencio estruendoso lo inunda todo. Y entonces sucede. Y yo la veo. Y quiero permanecer allí. Toda la vida. No quiero volver. Pero no es posible. Siempre llegan las tinieblas. Y vuelves a la consciencia. Y despiertas. Entonces miro fijamente a los ojos de esta muñeca de porcelana, y en ellos, percibo algo muy raro. Es como si ella me mirara realmente y no fuera la muñeca.

Le compramos la muñeca cuando tenía unos ocho años. Es una maravillosa muñeca de porcelana china, blanca, impoluta. Tiene un vestidito blanco con manga corta y una falda a media rodilla. Una serie de rayas de color azul marino rompen la monotonía del blanco. Una larga cabellera de color negro permanece recogida con una cinta roja. Sin embargo, la muñeca no tenía esa cinta. Nunca la ha tenido. Hasta hace unos tres meses. A veces, ahora mismo incluso, al tocar las manos de porcelana de la muñeca, siento un calor natural como si en realidad fuera un cuerpo humano. A veces, creo que incluso puedo palpar huellas en sus dedos. Aunque sé que todo esto es un delirio. Pero cuando hay una cadena de ellos, ya no se tiene consciencia de cual de ellos ha sido el primero, y dónde acabará todo.

Soraya murió hace seis años cuando el autobús que la traía del instituto volcó al tomar una curva muy cerrada. Murieron cuatro compañeros suyos además de ella. En mi fuero interno, aún no he terminado de asumir su muerte. Aunque soy consciente de que murió. Durante el velatorio nunca quise mirar su cadáver. Tenía catorce años recién cumplidos. Era todo lo que yo y Luisa, mi esposa, teníamos. Desde entonces no hemos levantado cabeza. Pero hace unos tres meses, la esperanza la pudimos recuperar. Y somos más felices desde entonces.

Soraya siempre llevaba su cinta roja. Aunque últimamente se cortaba el pelo a lo *garçon*, es decir, por debajo de la oreja, y no lo llevaba largo, sin embargo, seguía utilizando su cinta roja. A veces se la anudaba en forma de adorno en torno al cuello. Otras veces la llevaba en la muñeca. Se había convertido creo yo, en una especie de amuleto propio. La cinta, y su muñeca de porcelana. A la muñeca nunca la sacaba de su cuarto, y siempre la dejaba reposando encima de su cama. Como si no quisiera que nadie perturbara su aparente paz. Nos llegó a contar en cierta ocasión que notaba algo triste en la mirada de esa muñeca, como si fuera a romper a llorar. Y sobre todo, algunas noches, la caja de música se abría de repente. Ella llegó a pensar que la muñeca quería decirle algo. Además, por mucha cuerda que le diera a la caja, siempre sonaba como a punto de acabársele. Creo que Soraya estaba asustada, aunque nunca nos lo llegó a confesar. Estaba claro que estaba muy unida a esa muñeca.

El día en que se produjo el fatal accidente, justo cuando sonó el teléfono, cuando nos confirmaron que Soraya había tenido un accidente y que estaba en muy malas condiciones, un sonido parecía arrancar de su cuarto. Efectivamente, la caja de música sonaba muy pausadamente, como ralentizada, con una música que no era agradable al oído. Era como si llorara. Como si esa música llorara realmente. Pensé inmediatamente en coger la muñeca de porcelana y llevársela al hospital para animarla. Pero entramos al hospital por el pasillo de las cámaras frigoríficas. Por la sección del forense. Fue un golpe muy duro. No sé por qué, pero quería dejarle la muñeca a su lado, al lado de su inerte cuerpo helado. El forense lo entendió, sobre todo porque desde allí trasladarían el cuerpo al tanatorio. Después nos permitieron a los padres visitar el lugar del siniestro. Había restos de objetos personales por todas partes: zapatillas, mochilas, calcetines, libros... debajo de un trozo de chapa chamuscada pude rescatar una cinta roja. No estaba muy seguro, pero seguramente era la cinta roja que tanto le gustaba a Soraya. En uno de los extremos, ella había bordado en hilo blanco una letra S. Era la suya, no había duda.

En el tanatorio vestimos a Soraya con un vestido azul precioso. Y le atamos alrededor de su muñeca derecha, su inseparable cinta roja. En el tanatorio nos entregaron su muñeca de porcelana. No se podía colocar en el féretro, y optamos por guardarla. Así enterramos a Soraya. Cuando se cumplió el primer año del suceso, el instituto decidió hacer una especie de monumento conmemorativo del hecho. Crearon una especie de fosa y animaron a los padres de los fallecidos a que dejaran algún recuerdo allí de sus hijos. Los amigos supervivientes llevaron cartas y objetos que habían portado ellos en ese día fatídico. Nosotros optamos por dejar allí la muñeca de porcelana, como recuerdo vivo y permanente de lo ocurrido. Fue otra jornada triste, muy triste.

Pasaron los meses, pasaron los años, y Luisa y yo no lográbamos recuperarnos del palo. Había meses enteros que no podíamos pasar a la habitación de Soraya. Era superior a nuestras fuerzas. Sin embargo, algo nos animaba a entrar allí. Durante varias semanas seguidas, no había noche en la que no sonara la caja de música. Pero no era el sonido lánguido y triste de antes... parecía como si se hubiera recuperado. Luisa se asustó mucho, y prefirió marcharse a casa de mi suegra durante unos días. Además, el sonido no era lo único que emanaba de aquel cuarto. Un olor muy fuerte a flores inundaba la casa durante unos minutos. Hablamos con la policía, con psicólogos, incluso con médiums, pero nadie nos tomó con seriedad. Estaba claro que el asunto era cosa nuestra y de nadie más.

Y ahora hace ya unos tres meses que sucedió. Luisa estaba limpiando el salón cuando se oyó un estruendo tremendo en la habitación de Soraya. Inmediatamente me llamó al trabajo, y con urgencia, acudí a casa. No se atrevía a abrir la puerta del cuarto de Soraya. Sinceramente, yo tampoco. Pero me armé de valor, y finalmente abrí la puerta. Al abrirla, una nueva bofetada de olor a flores salió de dentro. Incomprensiblemente, la ventana estaba abierta de par en par, como si alguien hubiera entrado allí, aunque la persiana estaba a media ventana. Y allí estaba, encima de la cama, como siempre, como años atrás, su muñeca de porcelana con su vestido blanco de rayas azules y su pelo largo negro. No nos lo podíamos creer. ¿Qué hacía allí la muñeca? Tengo que confesar que apenas la recordaba ya. Aquella muñeca nos miraba. Era una mirada viva, como la de quien te mira tan fijamente que parece que quisiera traspasarte. Un escalofrío, como el que ahora mismo siento, recorrió nuestro cuerpo. Pero no habíamos caído todavía en un detalle aún más estremecedor. La muñeca portaba la cinta roja que habíamos atado a Soraya en su muñeca derecha antes de ser enterrada. Estaba impoluta, como si no hubiera soportado el paso de los años. Y olía extraordinariamente. Cuando me senté al lado de la muñeca la cogí en mi regazo, cogiendo con mi otra mano a mi mujer de su mano, y de repente, comenzó como si un resorte invisible la hubiera puesto en marcha, a sonar la caja de música. Su melodía ya era la correcta, la alegre, la feliz.

Y está aquí, conmigo, en mis brazos. Sigo día tras día profanando el cuarto de Soraya y abrazando su muñeca de porcelana. Y sigo poniendo la caja de música. Y sigo recordándola. Y sigo añorándola. Y sigo estremeciéndome. Y sigo sin encontrar en mi razón, ni tampoco en mi lógica, cualquier tipo de explicación a todo esto. Lo único que sé es que, tanto la muñeca que depositamos en su día en el monumento conmemorativo como la cinta roja que se enterró con mi hija están aquí y las estoy viendo. Y eso es un hecho innegable.

Porque puede que nuestra existencia no termine en esta vida...

A Juan Alberto Vicente Expósito.

Víktor.